

John Lehmann

La guerra y los escritores más jóvenes en Inglaterra

Tres libros publicados recientemente arrojan una luz muy interesante sobre el desarrollo de los poetas más jóvenes en Inglaterra, durante el curso de la guerra. «Poesías 1937-42» de David Gascoyne, «La Danzarina Estática», de Peter Yates y «El Animal Interno», de Terence Tiller.

David Gascoyne es un ejemplo de esos raros, escritores que producen muy poco. Apenas hay más de sesenta poesías en su libro; se escribieron en el transcurso de un período de cinco o seis años, y no ha completado nada desde entonces; tampoco ha estado escribiendo novelas o se ha ocupado en periodismo durante ese tiempo. Uno no puede menos de inclinarse a lamentar un rendimiento tan restringido, porque es un poeta de dotes muy distintivas, que crea un mundo completo, o más bien, un infierno completo se le podría llamar—suyo propio, y que no refleja ninguna de las tendencias de moda o trucos de estilo del momento. Hay poesías de muchas clases en este volumen, desde el verso meditativo sin rima, de una nota profundamente religiosa, hasta visiones córicas del panorama social de su tiempo, medio satíricas y medio proféticas, y líricas puramente personales de gran encanto y fuerza punzante.

Es claro que la poesía francesa han influido en él profundamente— incluye algunas admirables traducciones de modernos

poetas franceses—y también pueden hallarse rastros de la filosofía de la existencia de Kierkegaard; pero hay otros elementos que conducen a formar la fragancia peculiar y grata de su labor, y que no se pueden definir tan fácilmente. Pudiérasele describir como un poeta inglés del siglo XVIII—una afinidad espiritual quizás de Edward Young, que escribió «Pensamientos Nocturnos» que ha penetrado en el París de Baudelaire y en «La Tierra Desierta» de Eliot; pero hay más que eso. Es sobre todo admirable su claridad, llevada hasta donde puedan admitir sus complejas manifestaciones filosóficas e imaginativas; el agudo sentido de visión; y la profundidad lograda bajo una superficie que es tan suave y luminosa como el lago de una sierra. Es un placer leer, para cualquier persona de sensibilidad que mira más allá de los lugares comunes y las superficialidades de nuestros tiempos la obra de Gascoyne y es especialmente interesante como poeta que sintió el azote de los vientos traídos por la ideología revolucionaria, que soplaban hacia y después del 1930, pero cuyo pensamiento ha progresado un tanto más lejos de aquella experiencia. Termina una de sus bellas poesías, con estas líneas:

«¡Oh Cristo, que bendices el poder creativo
Y del mundo los cauces del genio evolutivo!
Nuestra miseria estéril dignate redimir,
Mas no desde la pompa de dorados doseles,
Sino desde el madero del humano sufrir.
Y sea así, que el largo y nocturno viaje
del hombre, no haya sido un inútil vivir».

El talento de Peter Yates es más chocante: no meno sintenso en su preocupación de la vida interior; no menos sensitivo en el manejo de palabras, que Gascoyne; pero moviéndose dentro de un círculo más estrecho de ideas y de imágenes; y sin

esos momentos de sencillez lírica, de colores más ligeros, que alivian las armonías sombrías de las parábolas religiosas de Gascoyne. «La Danzarina Estática» es el segundo libro de Peter Yates, y uno no puede menos de maravillarse del despliegue de virtuosismo técnico, particularmente en las composiciones más largas, donde el entretrejimiento de verso difícil con ideas filosóficas difíciles, se logra con una apariencia de suavidad límpida. El que Yates esté aún al comienzo de lo que habría de ser una notable carrera poética, se muestra más bien por una cierta repetición en sus poesías, una monotonía en los ritmos y una falta de esos minuendos y crescendos que es una de las delicias principales de la gran poesía; uno tiende a pensar algunas veces que uno de los poemas de Yates ha de continuar indefinidamente. Está más completamente separado de la escena temporal que Gascoyne, o en verdad, que cualquiera de sus contemporáneos; la guerra está de seguro allí, con todos los sufrimientos y todas las perplejidades que ha traído, pero ha sufrido tantas trasmutaciones en el crisol de la mente del poeta, queda indicado por tales imágenes generales de violencia y decadencia en la naturaleza, que estas poesías, en su mayor parte, parecen intentos de escrutinio en el misterio de la vida, por alguien enteramente abstraído del íntimo momento chocante del tiempo, que trae desastre o goce personal, en un tono y forma que jamás habrían de repetirse. Pero el lector que esté dispuesto a seguirle en esta senda, un tanto austera, hallará muchos premios: hay pasajes de fuego y exaltación espléndidos, imágenes de gran belleza, una mezcla feliz y continua de sonido o textura, y de sentido; y la pasión de su busca de un mito que haya de abrazar e interpretar los múltiples fenómenos de la existencia—aquí también, como en el caso de Gascoyne, uno observa la levadura de las ideas de Kierkegaard—no puede dejar de comunicarse más tarde o más temprano:

«¡Estrella de perpetuas posibilidades y goces
Que al mármol estremeces con tu beso de amor,
Y cuyo aliento alado, las antiguas columnas
Y los muros oscuros de los siglos, agita,
Derribándolo todo, sin ruido, sin rumor!

Será interesante, cuando llegue la paz, calcular el grado del impacto de Africa y del Mediano Oriente en la poesía inglesa escrita durante la guerra. Uno no puede menos de pensar que muchas poesías interesantísimas puedan aún estar ocultas, medio terminadas, en el equipo de los soldados que se hallan a lo largo de las cálidas costas del Mediterráneo meridional. Entre tanto, ha llegado una corta corriente de producción, dándose a la imprenta en Cairo o en Londres; y entre los genuinos creadores, sobresale Terence Tiller. Al fondo de su segundo libro, «El Animal Interno», que acaba de publicarse, es casi enteramente egipciaco, como lo indican sus títulos: «Iglesia Coptica», «Danzarina Egipcia», «Desierto de Cairo, 1941», «Esfinge» y otras muchas; tienen una apelación exótica en el Londres de tiempo de guerra, que quizás oculte el verdadero tema y la verdadera fortaleza de su inspiración; pues, como Gascoyne y Yates, Tiller está esencialmente preocupado con el problema de la vida humana, del nacer, del amar, del morir y de la reencarnación, con el significado de la guerra y de la dualidad humana que tan claramente revela; sólo que lo enfoca de una manera más sensual que uno y otro de los mencionados; y sus principales éxitos no están en una intensidad filosófica, sino en una fusión de latente conocimiento de origen de esas tendencias temperamentales, cuando el pensamiento y el sentimiento apenas son discernibles.

A menudo es obscuro, aún perversamente obscuro; y uno se intriga a veces por una yuxtaposición de imágenes frívolas y puramente caprichosas con otras de una iluminación profunda y misteriosa; pudiérase creer que influencias como las de Yates

o del poeta austríaco Rilke, se muestran en algunas de las poesías, un tanto evidentemente; pero es, sin embargo, poeta de gran promesa, bien arraigado en la tradición de la poesía inglesa (uno piensa particularmente en Donne y los poetas del siglo XVII) y de un oído finamente sensitivo; y esperamos con anhelo el día cuando la savia intelectual, que ya tiene en sí, se haya endurecido bajo los exquisitos efectos sensuales, que ya logra:

«El mar olvida a sus amos: el marinero
De su canto de sirena apartándose,
Su pupila distiende, avizorando un puerto
De refugio, y un rictus de sonrisa
Dibújase en sus labios, cuando a morir empieza».

Tiller, en su Prólogo, describe «El Animal Interno», como un intento a la formulación, en términos poéticos, una experiencia que muchos han sentido, en el curso de la guerra: la súbita aceleración del proceso de cambio, en el que costumbres antiguas y creencias antiguas han quedado destruidas totalmente, seguido de un período de anonadamiento defensivo que, a su vez, da lugar gradualmente, a una nueva certidumbre, un nuevo modo de vida. Cualquiera que sea el criterio de uno sobre el éxito del propio intento de Tiller, de dar forma artística a este aspecto, ciertamente no está solo en esta experiencia espiritual. No se puede leer a Gascoyne y a Yates, o en verdad, a ninguno de los poetas más pensadores de su generación, sin darse uno cuenta de que la profundidad de su obra la da su anhelo y búsqueda de un nuevo mito; este sentimiento de estar al punto de alguna revelación profunda, sobre la índole del universo.